

## **Editorial**

# **No en nuestro nombre**

---

Por grave que sea la situación del pueblo colombiano y por terribles que sean las desventuras a que nos han sometido el control norteamericano y las políticas neoliberales, en nada se parecen a los padecimientos que hoy sufre el pueblo de Irak como resultado de la invasión estadounidense. Desde hace meses en todas las ciudades importantes del mundo se han venido realizando manifestaciones contra esta guerra de agresión. El 15 de febrero cerca de 18 millones de personas a lo largo del planeta y principalmente en Europa y Estados Unidos, aunque también en los países árabes, salieron a la calle a protestar contra la inminente guerra. El 15 de marzo hubo una nueva oleada y ya desatada la guerra las manifestaciones continúan diariamente en todos los rincones del planeta. En Colombia, amedrentada por el terrorismo, muchos sectores se han movilizado así mismo en protesta.

Han condenado la agresión desde los veteranos de guerra norteamericanos hasta el Papa Juan Pablo II, el cual sentenció que quien desencadenara la guerra tendría que rendir cuentas a Dios y que los idólatras de la riqueza cierran las vías pacíficas. El Consejo Mundial de Iglesias, actores de cine, académicos, premios Nóbel, los martirizados palestinos, la Liga Árabe, la mayoría del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el 90% del pueblo español, los estudiantes norteamericanos, los sindicatos; en fin sería interminable nombrar todos los opositores a este genocidio. Es más fácil enumerar a los agresores: el gobierno de Bush, Aznar, Blair; dos o tres gobiernos más que juegan un papel activo; otro puñado entre los cuales, para deshonra del país, se encuentra el gobierno de Uribe Vélez; y pare de contar. Las cadenas de televisión no han podido ocultar unas protestas mayores a las que se presentaron hace treinta años contra la guerra de Vietnam. Detener la guerra se está convirtiendo en un imperativo moral de millones de personas y por razones humanitarias, éticas, políticas, religiosas, económicas y de sentido común, la mayoría de los habitantes del planeta condenan la invasión y exigen la retirada de las tropas norteamericanas.

Estados Unidos al comienzo habló de una guerra de días. Empero, cuando sufrió sus primeras bajas reconoció que el asunto no sería tan corto y, a pesar de que las noticias son un acto de propaganda más que la información veraz de los acontecimientos, cada día es más evidente que el conflicto no puede culminar sino cuando cese la invasión. Puede ser que los norteamericanos ganen unas batallas por su superioridad económica, pero la fiera resistencia del pueblo irakí y la solidaridad de toda la humanidad harán que, aun cuando la "coalición" se apodere de Bagdad y cree un régimen títere, los valientes herederos de Saladino finalmente recuperen el derecho a la independencia y a construir un país de acuerdo a sus necesidades y creencias.

La guerra ha hecho estallar en mil pedazos el viejo orden mundial. Las Naciones Unidas ni siquiera han estudiado una resolución de condena a la invasión y se limitan a tratar de sumarse al esfuerzo humanitario contra los destrozos; la OTAN está paralizada por las discordias en su seno; todos los que tienen conflictos limítrofes, étnicos o sociales en la región están tratando de aprovechar el desorden para dirimirlos. Los gobiernos de los países árabes que callan o repudian en silencio la agresión, temen que la solidaridad del pueblo con los irakíes acabe de desestabilizar la zona y, ante la arrogancia

norteamericana, pueden irse deslizando hacia el lado de Irak. Las conversaciones sobre acuerdos económicos internacionales comienzan a detenerse, todas las instituciones multilaterales se ven cuestionadas y, frente a la disyuntiva de definir su actitud sobre la invasión, se paralizan.

Diversos analistas de las más disímiles orientaciones han anotado que Estados Unidos no ha podido comprobar vínculos entre Irak y los atentados del 11 de septiembre; que Irak, en la ruina después de la guerra de 1991, no representa una amenaza para la región y menos para el mundo. Se ha demostrado hasta la saciedad que miles de niños iraquíes han muerto como consecuencia del embargo a que ha sido sometido este país en los últimos diez años, que su infraestructura social y económica es precaria, que su ingreso per cápita ha disminuido y que las preseas buscadas por Bush con su guerra son el control de importantes reservas para manipular el mercado mundial del petróleo vital para la economía de Europa y Asia y el mantenimiento del dólar como principal divisa internacional.

Si vemos la simultaneidad de la guerra contra Afganistán, la represión contra los palestinos y la actual invasión, se hace evidente que Estados Unidos quiere controlar la región, prevenir la caída de dictaduras que ha amamantado durante años como la saudita, instalar gobiernos dóciles, apertrechar fuertes bases militares, afianzar su control sobre los territorios que antes estaban bajo la órbita soviética y rodear a China. Esto, bajo su nueva doctrina de la "guerra preventiva", más que prevenir un posible ataque terrorista, significa evitar que surja alguna potencia que en el futuro cuestione su hegemonía mundial.

La maquinaria de propaganda norteamericana ha sido desenmascarada en muy pocos días. Al mundo se le vendió la idea de una operación quirúrgica sin mayor derramamiento de sangre, con una tecnología sofisticada y precisa, con un pueblo que saldría eufórico a recibirlos. La realidad es muy otra: miles de muertos, incluyendo los de la coalición, el fracaso de la tecnología para domeñar un pueblo que lucha por su tierra y el repudio de la población a los invasores. Los irakíes están escribiendo, sobre la tierra de Abraham una epopeya, reeditando en parajes bíblicos la historia de David y Goliat.

Como es tradicional, el imperio juega a una guerra rápida y el pueblo a una prolongada. Cada día que pasa los invasores pierden amigos y los ganan los patriotas. Los exportadores de petróleo no pueden sostener indefinidamente un ritmo de ventas que compense la ausencia de Irak del mercado mundial del crudo. La confianza del pueblo norteamericano en su economía ya debilitada, último recurso para detener una nueva recesión, comienza a flaquear, ante las gigantescas erogaciones diarias que se requieren para mantener la ofensiva. Ya hay más muertos de los que ocasionaron los atentados del 11 de septiembre y cuando las madres norteamericanas reciben los féretros de sus hijos, comienza a perder popularidad la aventura.

En un mundo donde se quiere hacer primar la ley del más fuerte, los débiles perseveran en hacer escuchar sus voces. Están en juego no solamente los parámetros de la organización económica y política mundial, sino los más elementales principios de la decencia, la verdad y la convivencia. Nueva y cruelmente se está negando el derecho de las naciones a la autodeterminación. En nombre de Dios, Bush ataca al Estado más secular del Oriente Medio y desata una tragedia humanitaria de infinitas proporciones. Por primera vez en la historia humana el gobierno de un puñado de multinacionales declara una guerra abierta contra el querer de los pueblos y aún de la inmensa mayoría de los países

desarrollados. Se impone la intolerancia, la vendetta y la mordaza. Se proclama la mentira como pan de cada día. Los viejos principios del respeto al pensamiento ajeno y la tolerancia sucumben ante la sed de petróleo y de poder. Estados Unidos, desde ya derrotado moralmente, se ufana en imponer su "felicidad" a otros pueblos y ha desencadenado una hecatombe.

No se puede hablar de esta guerra más que con dolor e indignación. No se trata de un problema remoto, ni de la suerte de un megalómano. Es una agresión descarada y sin precedentes condenada por todo el mundo; pero se atreven a librarla en nuestro nombre.

El pueblo irakí, los árabes que se solidarizan con él, los millones de manifestantes que los apoyan, están defendiendo la dignidad de la especie y el futuro de la humanidad.

**MOIR ★**